

» cipulo de Vensano. — Y aquella noche le cerró la puerta. —  
 » Porque no estaba en voz y... — Hoy lo he leído en el Correo Na-  
 » cional. — ¿De qué color es esa tela?... — Mira, á la Fulana con  
 » sus niños y su marido... — Es el editor responsable. — Como no  
 » sabe firmar... — ¿Te subes á la otra vuelta? — Despues de cenar.  
 » — Anoche estuvimos en Francia. — Le han hecho intendente. —  
 » ¿Y de qué sirven los libros?... — Porque en tiempos de revueltas  
 » políticas... — Pierde el pan y pierde el perro. — ¿Y de cuantos  
 » meses estaba? — Era una ligera interpelacion. — ¿Con qué se ha  
 » cansado de él? — Es una vida muy circular. — Y el vestido es  
 » precioso. — Con prima á sesenta dias á voluntad del compra-  
 » dor. — Dicen que el ministerio hace dimision. — ¿Damos otra  
 » vuelta? » —

— Basta, basta, canalla infernal, dijo enfurecido el Dios, apre-  
 surándose á trepar á su sitio acostumbrado; basta ya con vuestra  
 diabólica gritería, que cuento que aunque me suba al Olimpo no  
 he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y que noche me  
 han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado que  
 quieras que no. Ea bien, tiempo es de callar, que ya estoy viendo  
 á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, por-  
 que se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva  
 por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me  
 diere gana de echarla á perros, se les avisara á domicilio, y veré-  
 mos si entonces me ponen en limpio este borrador. —

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuan-  
 do el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dor-  
 mido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como  
 si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, graves y en correcta  
 formacion.

## II.

## EL ROMANTICISMO Y LOS ROMÁNTICOS.

Señales son del juicio  
 Ver que todos le perdemos,  
 Unos por carta de mas  
 Y otros por carta de menos.

LOPE DE VEGA.

Si fuera posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual  
 generacion europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra  
*romanticismo* parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio,  
 desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan  
 cómoda, que así aplicamos á las personas como á las cosas, á las  
 verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasia; esta pa-  
 labra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten,  
 todavía carece de una definicion exacta, que fige distintamente su  
 verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sa-  
 bios para resolver acertadamente esta cuestion! y en ellos ¡qué  
 contradiccion de opiniones! ¡Qué extravagancia singular de siste-  
 mas...! «¿Qué cosa es romanticismo...?» (les ha preguntado el  
 público;) y los sabios le han contestado cada cual á su manera:  
 unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco: otros por  
 el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico:  
 cuales han creído ver en él la naturaleza en toda su verdad: cuales  
 la imaginacion en toda su mentira: algunos han asegurado que era  
 propio á describir la edad media: otros le han hallado aplicable  
 también á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la re-  
 ligion y con la moral: estos le han echado á reñir con ambas: hay  
 quien pretende dictarle reglas: hay, por último, quien sostiene que  
 su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generacion de este pretendido descubri-  
 miento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos  
 los objetos le han parecido propios para ser mirados con el auxilio  
 de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la lite-  
 ratura y las bellas artes que por su carácter vago permiten mas  
 libertad á la fantasia, ha adelantado su aplicacion á los preceptos  
 de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las  
 ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva  
 enseña, todas las extravagancias morales y políticas, científicas y  
 literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al  
 mismo tiempo que contribuye á corromperla mas con la inmora-  
 lidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas,  
 todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina  
 el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia;  
 el poeta, que finge una sociedad fantástica y se queja de ella por-  
 que no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la  
 naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas ma-  
 nias que en cualesquiera épocas han debido existir, y sin duda en  
 siglos anteriores habrán podido pasar por estravios de la razon, ó  
 debilidades de la humana especie; el siglo actual, mas adelantado  
 y perspicuo, las ha calificado de romanticismo puro.

«La necedad se pega,» ha dicho un autor célebre. No es esto afir-  
 mar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad,  
 sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias;  
 y bajo este aspecto la romanticomanía se pega también. Y no solo  
 se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que  
 á medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, esta,  
 por el contrario, adquiere en la inoculacion tal desarrollo, que lo  
 que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridiculo;  
 lo que en unos fué un destello del genio, en otros viene á ser un  
 ramo de locura.

Y he aquí porque un muchacho que por los años de 1811, vivia



en nuestra corte y su calle de San Mateo, y era hijo del general frances Hugo, y se llamaba Victor, encontró el romanticismo donde menos podia esperarse, esto es, en el seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habiamos sabido apreciar y teniamos enterrado hace dos siglos con Calderon: y Hugo regresó á Paris, estrayendo de entre nosotros esta primera materia, y luego la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre, con su patente de invencion, abrió su almacen, y dijo que él era el Mesias de la literatura, que venia á redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros; y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atras su exageracion; y los poetas transmitieron el nuevo humor á los novelistas, estos á los historiadores, estos á los politicos, estos á todos los demas hombres, estos á todas las mugeres, y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino en fin á España y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores, y tal llegó á sus manos, que ni el mismo Victor Hugo le conoceria, ni el seminario de nobles tampoco.

La primera aplicacion que mi sobrino creyó deber hacer de adquisicion tan importante, fué á su propia fisica persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

— Porque (decia él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ogiva, piramidal y emblemática.

— Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trages del tiempo de las cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capitulo, ó rasguñado al margen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampa mas romántica de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no sé si diga ciencia ó arte. Sea dicho en verdad, pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco ó nada podia pesarme de ello; porque mi sobrino, procediendo á simplificar su trage, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría mas que hacer á los Utrillas y Rougets. Por de pronto eliminó el frac por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como mas análoga á la sensibilidad de la espresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego

las cadenas y relojes y los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas y las navajas de afeitar; y otros mil adminiculos que los que no alcanzamos la perfeccion romántica, creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente añudado en torno de esta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza, dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un doble bucle convexo, se introducian por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuacion de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear á las mejillas lividas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, una frente triangular y fatidica. Tal era la *vera effigie* de mi sobrino, y no hay que decir si tan uniforme tristura ofrecia no sé qué de siniestro é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando, cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo á dudar si era él mismo, ó solo su trage colgado de una percha; y acontecióme en mas de una ocasion el ir á hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime incompatible con la exactitud matemática, ó con las fórmulas del foro; y despues de largas discusiones vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia al templo de la inmortalidad. En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventanillas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo esperiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Saavedras, los Quevedos, los Moretos, Melendez y



Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos sueños de Hoffmann, y en los ratos en que menos proenso estaba á la melancolia, entreteníase en estudiar la Cranéoscopia del doctor Gall, ó las meditaciones de Volney.

Fuertemente parapetado con esta diabólica condicion, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían con ¡maldición! y unos y otros estaban atestados de figuras de capuz, y de siniestros bultos, y de hombres gigantes, y de sonrisa infernal, y de almenas altísimas, y de profundos fosos, y de buitres carnívoros, y de copas fatales, y de ensueños fatídicos, y de velos transparentes, y de aceradas mallas, y de briosos corceles, y de flores amarillas, y de fúnebre cruz. Generalmente todas estas composiciones fugitivas solían llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas, v. g. ¡¡¡ Qué será!!! — ¡¡¡ No!!! — ¡ Mas allá! — Puede ser. — ¿ Cuándo? — ¡ Acaso...! — ¡ Oremus!

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones: en cuanto al fondo de sus pensamientos, no se que decir, sino que unas veces me parecia mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecía al verle cantar al suicidio, ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras tenía por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo que pensaba él de todo esto, pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendía lo que queria decir.

Sin embargo, mi sobrino con estos raptos consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos, cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudían en aquellos rasgos mas extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendían de memoria, y luego esforzabanse á imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos, y de ningún modo las bellezas originales que podían recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de amistad lisonjaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hácia sí la atención y el entusiasmo de todo el país. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, he aquí la razón porque reunió todas sus fuerzas intelectuales, llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las

sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea, donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡ con qué placer hacia yo á mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles in integrum esta composición sublime, práctica esplicación del sistema romántico, en que según la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta á fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginación el título y personajes del drama. Helos aquí.

« ¡¡¡ Ella!!! y.... ¡¡¡ El...!!! »

Drama romántico natural, emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico; original, en diferentes prosas y versos, en seis actos y catorce cuadros. Por... (aquí habia una nota que decia: « Cuando el público pida el nombre del autor »), y seguía mas abajo;

Siglos iv y v. La escena pasa en toda Europa, y dura unos cien años.

*Interlocutores.*

La muger (todas las mugeres, toda la muger).	El sereno del barrio.
El marido (todos los maridos).	Coro de monjas carmelitas.
Un hombre salvaje (el amante).	Coro de PP. agonizantes.
El dux de Venecia.	Un hombre del pueblo.
El tirano de Siracusa.	Un pueblo de hombres.
Eldoncel.	Un espectro que habla.
La archiduquesa de Austria.	Otro idem que agarra.
Un espía.	Un demandadero de la paz y caridad.
Un favorito.	Un judío.
Un verdugo.	Cuatro enterradores.
Un boticario.	Músicos y danzantes.
La cuádruple alianza.	Comparsas de tropa, brujas, lavanderas.
	Gitanos, frailes, y gente ordinaria.

— Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo á manera de código) eran, mal sino me acuerdo, los siguientes: 1ª *Un crimen.*—2ª *El veneno.*—3ª *Ya es tarde.*—4ª *El Panteon.*—5ª *Ella!!!*—6ª *Él!* y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *salon de baile; bosque; la capilla; un subterráneo; la alcoba,* y el *cementerio.*

Con tan buenos elementos, confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordase una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar



á que llegue día en que la fama nos las trasmite en toda su integridad, día que él retardaba aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros), se hallen (ó nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba un poco fuerte.

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte; quiero decir, que con tales fatigas cumplia lo que él llamaba *su mision sobre la tierra*. Empero la continuacion de las vigiliias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos habianle reducido á una situacion tan lastimosa de cerebro, que cada día me temia encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mal labrados hierros de su balcon á cierta Melisendra de diez y ocho abriles, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la veneciana, y sus mangas á la María Tudor, y su blanquisimo vestido aereo á la Etraniera, y su cinturón á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á la huérfana de Underlach.

Hallábase á la sazón meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto: libro que, segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podia ser otro á mi entender que el Han de Islandia ó el Bug-Jargal.

No fué menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantaneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflamar súbitamente su corazón. Miráronse pues, creyeron adivinarse; luego se hablaron, y concluyeron por no entenderse, esto es, por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien como designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de romanticismo puro.

Pero al cabo el sugeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos una señorita, hija de un honrado vecino mio; procurador del número y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha (siempre llevando por delante la mas sana intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas no solo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontaneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado mas descompuesto y atroz corrió á encerrarse en su cuarto gritando desafortada-

mente: — ¡Asesino...! ; Asesino...! ¡Fatalidad...! ¡Maldicion...!

— ¿Qué demonios es esto? — Corro al cuarto del muchacho; pero habia cerrado por dentro, y no responde; vuelo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa de aquel desórden, y me encuentro en otro no menos terrible á toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de si... — ¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay? — ¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de usted... Lea usted, lea usted que proyectos son los suyos, que ideas de amor y de religion... — y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido á los amantes. — Recorrilos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar á mi sobrino. En todas ellas venia á decir á su amante, con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella y luego él iria á derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría tambien, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponia que para huir de la tiranía del hombre («este hombre soy yo,» decia el pobre procurador), se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irían á una caverna á vivir con las fieras, ó se harían piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellisimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor. — Y á todo esto (añadia el padre) nada de boda, ni nada de solicitar un empleo para mantenerla... Vea usted, vea usted; por ahí ha de estar... Oiga usted como se esplica en este punto... Ahí en esas coplas ó seguidillas, ó lo que sean, en que la dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud  
Solo puede darte mi alma  
Un suspiro... y una palma...  
Una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminiculos para llenar una carta de dote... no, sino échelos usted en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre) sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanias, y dice que está deshojada, y que es un tronco comido, con otras mil barbaridades que no sé como no la mato... y á lo mejor nos asusta por las noches, despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de no sé que Astolfo ó Ingolfo el esterminador; y nos llama tiranos á su madre y á mí, y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella, ó para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen,



y la casa no se barre; y los libros malditos me consumen todo e caudal.

— Sosiéguese usted, señor don Cleto, sosiéguese usted. — Y llámndole aparte le hice una esplicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que sino le convencí de que podia casar á su hija con un tigre, por lo menos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé á mi casa para tranquilizar el espíritu del jóven amante; pero aquí me esperaba otra escena *de contraste*, que por lo singular, tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido, y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome se entregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle á conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba á su lado. Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con mas bellaqueria que cuartos, y mas cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito. La ocasion la pintan calva, y la gallega tenia buenas garras por no dejarla escapar; asi fué que entreabrió la puerta, y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz. — Señoritu... señoritu, ¿qué diablus tiene...? Entre y digalu... si quier una cataplasma para las muelas ó un emplastru para el higadu... y cogió y le entró en su cuarto y sentóle en su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices, ó le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud), pero el hombre estatua permanecia siempre en la misma inmovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano de la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Vierzo), é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademan patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la muger que adoro,  
Ya el helado puñal siento en el pecho;  
Ya miro el funeral lugubre lecho,  
Que á los dos nos reciba al perecer.  
Y veo en tu semblante la agonía.

Y la muerte en tus miembros palpitantes  
Que reclama dos miseros amantes  
Que la tierra no pudo comprender.

— Ave Maria purisima... (dijo la gallega santiguándose). Mal demoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrà cermeñu! pues si quier lechu, ¿tien mas que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar á los muertus que se acuesten con los difuntos?

— Pero el amartelado galan seguia, sin escucharla, su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro exclamaba:

¡Maldita seas, muger!  
¿No ves que tu aliento mata?  
Si has de ser mañana ingrata,  
¿Porqué me quisiste ayer?  
¡Maldita seas, muger!

— El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las mañanas le entru el chucolate á la cama, y por él he despreciadu al aguador Turibiu y á Benitu el escarolero de portal.

Ven, ven y muramos juntos,  
Huye del mundo conmigo,  
Angel de luz,  
Al campo de los difuntos;  
Allí te espera un amigo  
Y un ataud.

Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; ó usted está locu, ó yo soy una bestia; váyase con mil demonios al cimiteriu ú á su cuarto, antes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.

— Aquí me pareció conveniente poner un término á tan grotesca escena, entrando á recoger á mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto, y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha dirigida á mí, y copiada de la Galería funebre, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no habia mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte á sus lecturas, á sus amores, y á sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que él tambien mostraba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le vi partir con alegría á sus banderas.

Un año ha trascurido desde entonces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto á ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre; la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorzicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la Ordenanza militar y la Guia del oficial en campaña.

Luego que ya le vi en estado que no peligraba, le entregué la



llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir á carcajadas sus funebres composiciones; deseando sin duda probarle su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente á esta resolución, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas ni románticas, sino en tontas y no tontas, sacrificando aquellas, y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama, no fué posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel, el cual le comunicó á varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondían, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composición.

La lectura, en fin, de sus versos, trajo á la memoria del jóven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interés, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte; ítem mas; se habia pasado al género clásico, entregando su mano y aun no sé si su corazón, á un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitude notable de mugeres! bien es la verdad, que él por su parte no la habia hecho, segun me confesó, sino catorce ó quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo Romeo.

## III.

## EL COCHE SIMON.

## I.

<p>Hay en Madrid un Simon Que se alquila... no sé donde, Y tiene mas aventuras Que Gil Blas ó don Quijote. Su figura es de caldera, Verde y negro sus colores, No tiene muelles de ce, Ni persianas ni faroles; Ni menos en sus costados Se ostentan empresas nobles, Ni guarnecido pescante Con dobles cifras de bronce. Modesto en su sencillez, Holgado en sus dimensiones,</p>	<p>Tan cerca está de cajon Como distante de coche; Y á no ser por cuatro ruedas Que se mueven, si no corren, Tomáranle por sepulcro O babilónica torre. Arrastran con harta pena Esta máquina deforme Dos mulas que fueron bravas En mil ochocientos doce. De la historia de estas mulas Pudiera decir primores, Mas dejaré esta vez Para contar la del coche. Fué primero de un marques Que vino de no sé donde</p>
--	--

<p>A pretender... ¡feliz siglo! Una venera en la corte. Esto prueba que las cruces Tan caras eran entonces, Como baratas se dan En estos tiempos que corren. Llegado que hubo á Madrid Quiso ostentar sus doblones, Que no hay para pretender Como pretender en coche. Y á falsa de los talleres De Bruselas ó de Londres, Un ambulante artificio Buscó por toda la corte; A tiempo que un gran maestro (No le nombran los autores) Daba el último barniz Al recién nacido coche. Sacóle el marques de pila, Luego sus armas le pone, Campo de plata y dos zorras Trepantes á un alcornoque. Ufano con tal conquista, Por las calles de la corte Salió á lucir y ostentar Su bolsa y prosapia nobles. ¡Cielos, á cuántas envidias, A qué ingratos sinsabores, Dió lugar la tal carroza En nuestro prado de entonces! ¿Quién dirá las aventuras, Las intrigas, los honores Que valieron al marques Estos cuatro tablajones? Por ellos venció á las diosas, Por ellos mandó á los hombres, Por ellos adquirió gota, Ciencia, orgullo y acreedores; Hasta que en ellos cruzado Y entre estolas y blandones Le llevaron á enterrar, Y pasó al concurso el coche.</p>	<p>De esta coronada villa Teniente corregidor; En los autos del concurso, Del marques de... que finó, Por óbito abintestato Y han radicado ante nos El infrascripto escribano Que firma esta relacion, Ordena su señoría Que por cuanto el acreedor Ha probado su derecho Y la hipotecaria accion Que tiene por mil ducados Al coche que aquel dejó, Se le endose y adjudique En íntegra posesion La referida carroza Tasada en igual valor. Mandólo su señoría En Madrid, y lo firmó A veinte y cinco de agosto De mil ocho cientos dos. Ya tenemos á mi coche Con nuevo dueño y señor, Un viejo capitalista Bien cuidado y solteron Que en las campañas de Venus Altos lauros alcanzó; Azote de los maridos, De las mugeres pasión. Dedicaba por entonces Su sexagenario amor A una viuda de cuarenta Doña Mencia Albornoz, Bella tinaja con piernas, Hermoso guarda canton. ¿Qué don pudiera ofrecerla Un apasionado amor Como una máquina amiga Que á influjo de bestias dos Imprimiese movimiento A volúmen tan atroz? No sabré decir el como, Pero ello se celebró Cuádruple alianza entre aquellas La señora y el señor. Y riéndose del mundo,</p>
--	---

## II.

En virtud de providencia  
Del señor don Juan Quiros,